

Género y sociedad

Trad. Púb. Noor Jiménez Abraham. Doc. en Ciencias de la Comunicación

El concepto de género es esencialmente de raíz social, por lo que las cuestiones relacionadas con esta temática deben considerarse como flexibles y cambiantes. Lo femenino y masculino es una clasificación a partir de un ordenamiento en las estructuras de la sociedad, así la raíz biológica, es decir, referida al sexo, nada tiene que ver con la asignación de características a cada grupo.

Frente a una tradición histórica que impuso un modelo de relato cuyo centro ha sido un ser humano varón, instruido, occidental, propietario, blanco, fuerte y manifiestamente heterosexual, la posmodernidad propone a todos aquellos *ex profeso* ignorados por la ideología imperante expresar su esencia distinta.

Es así que poblaciones autóctonas, comunidades homosexuales, personas con capacidades diferentes, los nacidos en lugares no considerados, aquellos cuyos credos han padecido descalificaciones y tantos otros excluidos renuevan su pretensión de hacerse visibles. La aldea global descrita por Mc Luham permite semejante riqueza.

En las cuestiones de género están involucradas todas las personas, pues se trata de una problemática universal, de la que poca conciencia existe dada la tácita repetición de acciones tomadas como modelo.

Algunos autores afirman que se deja de pensar cuando se utilizan lugares comunes pero, aún más, lo que sucede es que se invalida todo acto original, se obstaculiza la creación, que queda relegada por fórmulas cuyo sentido muchas veces resulta ajeno.

Tal como lo expresan teóricos de las ciencias sociales “los estereotipos llevan implícitos un juicio de valor sobre cada grupo representado y la imagen creada es una selección intencional de las infinitas posibilidades que tenemos para representar a un grupo social o a una persona”.

Tan arraigadas están las prácticas con visión centralizada y hegemónica que no sólo son difíciles de erradicar sino que más complejo aún resulta el hecho de la toma de conciencia; para modificarlas es necesario actuar desde diferentes ámbitos, por lo que se requiere la participación de gobiernos, instituciones, empresas, profesionales y de cada persona individualmente.

En un artículo sobre El descubrimiento de América, Santiago Kovadloff cita las enseñanzas de Aristóteles en cuanto a que los nombres enuncian las propiedades de las cosas y agrega que la perduración de la palabra “raza” asociada a esa efeméride “traduce más que un empecinamiento discriminatorio, una ignorancia

fenomenal de lo que las palabras connotan y del modo en los hechos se articulan con ellas”.

Cada uno desde el espacio que eligió puede ser embajador de una realidad sin hipocresías, donde la tolerancia frente a lo desconocido, diferente o nuevo sea cada vez más natural.

Según lo expresado por Noëlle-Neumann en su teoría de la espiral del silencio, el deseo de aceptación -que en mayor o menor grado es común a todos los seres humanos- nos conduce a modalidades que interiormente desaprobamos sólo porque tememos la desaprobación de los demás.

Pensemos entonces en dejar atrás el cliché de varones que no lloran, no exhiben su sensibilidad, son siempre fuertes y proveedores de por vida sólo por el hecho de que de no ser así su masculinidad será puesta en duda.

Fomentemos mujeres que se atrevan a la aventura, a ser más allá de sus cuerpos, que puedan compartir el hacerse cargo de las personas de su ámbito y a las que se les permita ser rebeldes y enérgicas por encima de los requisitos de complacencia y rescato que se les exige para ser aceptadas.

Por un mundo de relaciones sin jerarquías en las que cada uno desempeñe el papel que desee según la circunstancia, en un juego de géneros donde los lugares puedan cambiar acorde a la esencia de los participantes.